

triunfo serán para coronar su augusta frente: se combate á la razon, pero á la razon degradada, á la razon soberbia que seducida, ó prevenida por la sensualidad, dice á los hombres para separarlos de la autoridad divina: "sereis como Dioses." ¡Dificil situacion para mí, que tengo que decir á ciertos espíritus: vosotros no sois Dioses inmortales, pero podeis llegar á la inmortalidad, y precisamente por aquello mismo que á vosotros parece una impostura!

Antes de pasar adelante, es preciso arrojar sobre el punto oscuro todavía, un rayo de luz que nos aclare una importantísima diferencia, que no conocen ni los que mas se jactan de ser adoradores ciegos de la razon. La razon es luz, la razon es facultad; la primera, no es otra cosa que los primeros principios en que se apoya la segunda. La *razon principio* es inextinguible, es inmortal como el mismo autor de la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. La *razon facultad*, como cualquiera otra facultad creada, es limitada, y su perfeccionamiento consiste en la aplicacion clara y recta de la *razon principio*. No hay, pues, que confundir la facultad con el medio de su ejercicio.

La razon que es luz, se halla en todos los seres del universo admirablemente combinados y ajustados en número, peso y medida; en todos existe, pero como condicion esencial de su existencia; en ellos es orden, es ley, es instinto; en el hombre, ser sublime, existe tambien, pero en él está, no como ley, sino como luz, no como instinto necesario; y por esto es que Dios la pone en el hombre en una facultad, que puede libremente usar, ó no usar de esta luz en la serie de sus operaciones. La *razon principio*, que es la participacion de la luz de Dios, es la que realmente ennoblece al hombre cuando marcha á favor de sus destellos, mas no cuando cerrando los ojos á esta luz, separado de Dios, creé bastarse á sí mismo. La *razon principio*, nos hace

realmente participantes de la naturaleza inmortal; la *razon facultad*, nos hace tambien inmortales, pero solo cuando se irradia con aquella luz proyectada de la luz inmortal de Dios. La razon está en Dios y en el hombre; Dios y el hombre tienen razon, mas no del mismo modo. En Dios, es inseparable de sus operaciones porque es su mismo ser: su inteligencia la concibe, la derrama sobre todas sus obras, la comunica á todos los entendimientos sin dejar de ser su eterno asiento y su foco inagotable, por ser en Él consubstancial. Mas en nosotros; no es, ni es posible que sea nuestro mismo ser, y así, no es posible que sea el sello de todas nuestras obras como en las obras del Creador; es necesario convenir en que no siempre tenemos razon cuando obramos; es absolutamente necesario convenir en que esa luz divina que existe en nosotros, y que se llama *razon principio*, es un tipo á que podemos ajustarnos ó no ajustarnos, y que al ajustarnos á él, nos ajustamos á su eterno principio de quien es participacion. El espíritu de Dios, nos dice el orador latino, cuya suprema razon obliga, ó prohíbe, es al mismo tiempo el espíritu y la razon del sabio.

Mas acerquémonos yá á la resolucion que venimos buscando. ¿La razon sola puede definir el destino del hombre?

Para decir con exactitud cual es el verdadero fin del hombre, fin tambien del progreso humano, es preciso saber con certeza absoluta cual es el verdadero origen y principio del hombre; el que no sepa esto, me parece que no debe creerse con derecho á que se le crea lo que diga sobre lo primero; bien, y ¿qué nos dice la razon sin la fé sobre el origen y principio del hombre? supuestos, y nada mas que supuestos que no probará nunca. Y en esta materia formalmente desafío á los racionalistas á que me demuestren por sola la razon, cuál es el verdadero origen del hombre, cuando comenzó á ser, cuando acabará, se evapora-

rá su espíritu en el sepulcro, ó hay algo mas allá, y qué es lo que hay? Estas preguntas no tienen sin la fé mas que respuestas vagas, pueriles y aun ridículas. Quitad el Génesis, y suprimireis el verdadero conocimiento del origen del hombre y de las razas primitivas, y el principio de la historia del mundo se basará en este comun modo de hablar de los historiadores cuando no saben donde han de atar el hilo de los hechos que van á referir: "su origen se pierde en la oscuridad de los tiempos," dicen. Efectivamente, el hombre no puede ser anterior á sí mismo, no pudo examinarse antes de ser, y es un mero ensueño fingir que su especie sea el resultado de quiméricas trasformaciones, ningún bruto hasta hoy se ha trasformado en hombre; solo Dios pudo revelarle su origen y el modo de su origen, la naturaleza de su fin y los medios de su adquisicion, el origen del mundo y el fin del mismo mundo. Sin esta noticia que sin la divina revelacion no es posible adquirirse, el origen del hombre, y por consiguiente el principio del progreso humano, se pierde en la oscuridad de los tiempos; y aunque la razon sospeche algo de la grandeza de su origen y de la grandeza de su fin, nada tendrá con firmeza sin la fé, su fin se perderá en los abismos de la eternidad, como su origen en la oscuridad de los tiempos; su movimiento, pues, verificándose entre dos ignorancias, su progreso por precision nada tendrá de cierto, nada de verdadero.

La razon sola, nada nos puede decir tambien de esa terrible lucha que siempre se verifica dentro de nosotros, de ese peso terrible que nos arrastra á seguir lo malo que no queremos, y á alejarnos de lo bueno que deseamos amar; nada nos podrá decir sobre la causa de ese desequilibrio tan mortal que existe en el hombre. Sin la fé no puede comprenderse la vida. ¿Deberemos seguir, á pesar de cierta ley interior, los estímulos de los sentidos que nos presentan á la vista placeres presentes, ó debere-

mos dejarlos, aunque nos cuesten lágrimas, por conseguir un premio incierto que la razon sola apenas sospecha mas allá de la tumba? ¿Porqué la naturaleza, como nos dice Ciceron, mas bien que madre, madrastra, arrojó el hombre al mundo con un cuerpo desnudo, frágil, débil, y con una alma atormentada por las zozobras, abatida por los temores, arrastrada por las pasiones, pero en la cual brilla todavía, como escapado de sus ruinas, cierto fuego de inteligencia y de talento? Razon sin fé ¿decidme, porqué el hombre no es mas que ruinas? Nada direis de cierto, y para saciar vuestra sed de verdad, y patentizarme la necesidad que teneis de saber algo de lo que no pudisteis ver, os contentareis como Ciceron con cualquiera hipótesis aunque sea la mas irracional. "Estas penas y estos errores de la vida humana, prosigue el orador latino, hicieron decir á los antiguos profetas (es decir, á los sabios de la antigüedad) que solo habiamos venido al mundo á expiar crímenes cometidos en una vida anterior; y esta opinion nada tiene de absurda." Causa lástima ver á un tan grande filósofo decir que nada tiene de absurda una opinion, que no es mas que el error de otro grande filósofo. Estos mismos errores de hombres tan eminentes, patentizan la debilidad de la razon sin el auxilio de la fé.

La razon separada de la fé, comienza desde luego á reluchar con el misterio de lo desconocido y con todos los fantasmas que brotan de él. Allí está á nuestros ojos en todas las avenidas de nuestra alma, como la pavorosa esfinge que reclama su presa. Las cuestiones que suscita nos persiguen por todas partes; ellas son á manera de emboscada que asecha todas las vueltas de nuestros caminos; ellas sobre todo surgen del fondo de nuestro interior y nos desgarran el alma con sus bruscos interrogatorios ¿qué soy? ¿de dónde vengo? ¿adónde voy? ¿en qué playa irá á estrellarse la ola de mi vida, dejándome allí aban-

donado al retirarse? ¿cuál será en ella mi destino? Lo ignoro, lo que presiento es, que cualquiera que sea, será final, absoluto, eterno. Este ideal de justicia y de santidad que se me aparece frecuentemente en las alturas de mi conciencia y en los santuarios de la fé ¿será acaso la regla con arreglo á la cual voy á ser juzgado? Aquel otro ideal de misericordia y de gracia que tanto me ha importunado con sus llamamientos, y al cual he contristado tanto con mis desprecios, ¿se me mostrará propicio? ¿me será terrible?..... Cuando consideró, dice Pascal, la corta duracion de mi vida absorbida por la eternidad anterior y posterior, el eterno silencio de estos indefinidos espacios me espanta. De la misma manera que ignoro de donde vengo, ignoro tambien donde voy; solo sé que al abandonar este mundo caigo para siempre en la nada ó en las manos de un Dios indignado, sin saber cual de estas dos suertes debe ser mi eterno patrimonio. Tal es la confesion que por boca de Pascal solo puede hacer y hace la razon sin la fé. Separada de ella son muy oscuros los puntos que han de señalar con certeza la marcha progresiva de la humanidad. Sin la fé no nos quedan mas que las angustias de la duda, las ansiedades de lo desconocido, los tormentos del problema.

Ademas, aunque la razon pueda ver con claridad las consecuencias que se desprenden inmediatamente de los primeros principios, no puede ver con esa misma claridad las que tienen que desprenderse de otros principios secundarios. Muchas veces para hacer una aplicacion práctica, necesita el entendimiento proceder por una larga serie de racionios, en cuyo tránsito del uno al otro, no puede conservar la luz del primer principio de donde se parte, la misma intensidad hasta el fin; algunas circunstancias que al paso se atraviesan, de tal modo luego desvirtúan la fuerza de su aplicacion, que nos hacen mudar de sendero y atar el hilo de nuestros racionios tal vez de un prin-

cipio contrario. Y aquí desde luego comienzan las vacilaciones, las inquietudes del espíritu y muchas veces nuestros errores. En esa larga y penosa marcha del entendimiento puede haber alguna desviacion, faltas de rectitud, principalmente cuando se trata de combatir los desvarios de la misma razon prevenida por las pasiones. La razon, pues, que solo es recta cuando procede segun la ley de la verdad, no tiene garantias de serlo siempre, y menos cuando se trata de corregir sus propios yerros.

Por otra parte, aunque la razon pueda fijar todo lo concerniente á un fin que no pasa mas allá de esta vida, jamás podrá fijar lo que está mas allá y que sin embargo ella sospecha. Si lo que está mas allá es el último fin, y como este por su misma naturaleza es mas excelente que el fin de esta vida temporal, es claro, que este fin temporal solo tiene razon de medio para conseguir aquel; luego aquel debe ser regla de este; y como la razon por sí sola no puede ver el primero con claridad, andará por precision á tientas y adivinando respecto del segundo; mas no es á tientas y adivinando como el hombre ha de caminar por el recto sendero de su perfeccion.

Y ¿qué es lo que en realidad alcanza la razon que se separa de la fé?

Sacudido el yugo de toda autoridad, libre de los lazos que segun dice le tendiera la fé, la razon comienza á solazarse campeando en medio de su decantada libertad; Diosa del mundo, pues así se atreve á llamarse, arrastra á su tribunal cuantas cuestiones religiosas, políticas y sociales mucho tiempo había estaban fuera de discusion. Todo lo examina, todo lo discute, todo lo ensaya para asegurarse de la verdad y fallar sobre las mas importantes cuestiones; y se encuentra entonces que no ha hecho otra cosa, despues de sus caprichosas fatigas, que engolfarse en el mar inconstante de las opiniones humanas. Nada en-

cuentra sólido, nada uniforme, nada que pueda servir de base á un sistema universal de verdades, de cuyo conjunto salte el objeto que tan claramente creía divisar separada de toda autoridad; hasta que por último, fastidiada y mas bien desesperada de tanto discutir y raciocinar se declara escéptica y atea. ¡Castigo formidable, pero muy natural; pues no es posible que la razon que se pone á dudar de la autoridad divina, crea en la autoridad falible de los hombres; y contra la autoridad de los hombres y de Dios, crea mejor en sí misma!

Y porque no se crea que es mero ensueño nuestro demostrar la insuficiencia de la razon sin la fé para desterrar la incertidumbre en la fijacion de las verdades sublimes que se creen del derecho de sola la filosofia, hablará en favor nuestro el mismo filósofo de Génova, el mismo Rousseau, escuchadlo: "He consultado á los filósofos, dice, he hojeado sus libros, he examinado sus diversas opiniones: á todos los he hallado arrogantes, afirmativos, dogmáticos aún en su pretendido escepticismo, que nada ignoran, que nada prueban, que se burlan los unos de los otros, y en este punto comun á todos, me pareció el único en que todos tienen razon. Triunfando cuando atacan no tienen valor cuando se defienden. Si pesais sus razones solo las tienen para destruir, si contais sus votos, cada uno está reducido al suyo; solo están de acuerdo para disputar: *escucharlos no era el medio de salir de mi incertidumbre.* Yo concebí que la *insuficiencia* del espíritu humano, es la primera causa de esta prodigiosa diversidad de opiniones, y el orgullo la segunda" Hasta aquí el genovés. Ya veis lo que son y lo que pueden los filósofos por sí solos; y sin duda que el citado filósofo no hablaba de filósofos tan superficiales como los que tratamos de refutar.

Los razonamientos y las sutilezas del espíritu humano que sacude el yugo de la fé divina, son pues, un vano recurso que no

presenta mas que problemas en la cuestion presente. La razon sola como habeis visto, puede equivocar el camino de su perfeccion; puede equivocarse en sus fallos. Un juez que puede errar no debe admitirse, en consecuencia, para la resolucion de todas las importantísimas cuestiones que entraña el destino del hombre y con él el gran problema del progreso. Se necesita un tribunal infalible como el de Dios, ó que tenga la autoridad de el mismo Dios. Se necesitan resoluciones, no vagas, pues no se trata de un progreso vago; sino ciertas, muy prácticas y seguras; nada de opiniones, nada de incertidumbres en la fijacion de los puntos de este verdadero progreso. Las vagas sospechas de la razon sobre el fin puramente natural ó sobrenatural del hombre, sus aplicaciones inciertas, y sujetas á opiniones diversas, sobre los medios prácticos de adquirirlo, no pueden fijar con seguridad la marcha del hombre á su verdadera perfeccion. Por lo cual, la razon para decidir infaliblemente la cuestion del verdadero progreso, necesita un auxilio que por precision debe existir só pena de una ilusion universal. Este auxilio no puede ser otro, que una luz superior que parta del mismo principio de donde parte la razon, es decir, necesita de la fé divina.

Más ¿dónde encontraremos ya esa fé divina que ilustrando los horizontes opacos de nuestra razon le haga ver con toda claridad todo lo que deba definir sobre el verdadero progreso humano? Porque Dios no puede burlarse del hombre dándole tendencias á una felicidad suprema que nunca ha de alcanzar; luego es necesario que exista esta felicidad y que el hombre conozca con certeza todos los medios de llegar á ella. Bien; como habeis visto, y como puede seguirse demostrando, la razon sola no puede conocer perfectamente la naturaleza de esta felicidad, á saber, si es natural solamente, ó sobrenatural, y en consecuencia

ni los medios prácticos, fáciles y seguros para conseguirla; luego es preciso que Dios le de á conocer por otro auxilio la naturaleza de esta felicidad y le señale los medios de adquirirla. Ahora bien, como esta enseñanza es de una necesidad universal, es preciso que esté revestida con caracteres universales, fáciles de comprenderse por todos; deben ser tan manifiestos, que solo se desconozcan porque se quiera maliciosamente desconocerlos. Apoyados en este raciocinio cuya verdad no puede ser mas palmaria, desde luego se percibe con una precision matemática, que esta fé que buscamos solo debe encontrarse en aquella institucion que cuente como constitutivo especial, la universalidad en sus dogmas, en su moral, en sus modos de hacerse conocer al universo, en su facilidad de hacerse accesible á todas las clases de la sociedad, á todas las condiciones; que inmutable en todos sus principios, fije la movilidad de nuestras opiniones, y superior á nuestra razon, regularize y afirme sus operaciones; que partiendo de la eternidad, toque la eternidad, domine los espacios y no encanezca con el tiempo. Mas hasta hoy, Señores, se puede desafiar al mundo entero para que demuestre si hay algo fuera de la Iglesia católica que presente tales garantías. Ella nació con el mundo en Adán, creció con Jesucristo, y sus frutos llenan el universo! Ella sola enlaza el Paraíso con el Gólgota y enlaza ambos misterios con los misterios de la eternidad!

Y no se crea que cualquiera religion llene la mision sublime de mostrar al hombre el recto sendero de su perfeccion, y en consecuencia, que todas las religiones que se dicen reveladas pueden admitirse igualmente para resolver la cuestion del verdadero progreso. Creer esto, es enteramente declarar que no se ha tocado en el fondo de la cuestion, es no saber que las religiones diversas que se manifiestan como reveladas, no abarcan en

su conjunto, unidad en sus dogmas, en su moral, en sus prácticas, en sus modos de propagarse; es ignorar que su conjunto forma el absurdo, como lo es todo aquello en que aparece á un mismo tiempo como igualmente bueno, el bien y el mal, é igualmente verdadero, la verdad y el error; es ignorar que se trata, no de despeñar al hombre en el abismo de las opiniones, sino de darle un medio fácil, seguro y universal para sacarlo de ese abismo. Los que invocan la tolerancia, para resolver el problema de la fé que se debe tener, eluden su resolucion, declaran abiertamente que no conocen ninguna religion revelada que puedan proponer al universo como la única legítima, pues la verdad es una. Por lo que á nosotros toca parécenos indeclinable el raciocinio siguiente: es absolutamente imposible probar que todas las religiones que se dicen reveladas sean igualmente verdaderas; porque es absolutamente imposible probar que cosas contradictorias sean igualmente verdaderas: ahora bien, supuesto que Dios, só pena de burlarse de la humanidad, no pudo dejar al hombre en el abismo de su ignorancia respecto al conocimiento perfecto de su último fin y de los medios únicos que á él conducen, cuyo fin y medios no pueden conocerse suficientemente por sola la razon, de hecho debe existir entre las religiones que se dicen reveladas, una que sea depositaria legítima de ese conocimiento perfecto; luego es tambien absolutamente imposible probar que todas sean igualmente falsas. Luego debe existir necesariamente una religion revelada que llene con perfeccion las necesidades de la humanidad, que una en sus dogmas, en su moral, en sus prácticas, tenga derecho de hacer del universo una sola familia por la unidad de una misma fé y de un mismo corazón. Así, la religion única que puede señalarnos la verdadera perfeccion del hombre, debe por su misma naturaleza presentar un carácter de universalidad. Universalidad de enseñanza en